

EL PEQUEÑO JARDÍN

Mi madre solo había salido del pueblo en el viaje de luna de miel y, de ello hacía tantos años que cuando le preguntaba dónde habían ido, siempre me respondía: <ya no me acuerdo, solo recuerdo que tu padre cada mañana me despertaba haciéndome cosquillas en la nariz con un ramito de violetas>. Su mirada entonces se humedecía, deslizaba las manos insistentemente sobre el regazo pretendiendo eliminar restos imaginarios de algo y la posaba sobre el retrato de mi padre que se asomaba joven y sonriente encima del televisor con su bigote y su peinado a lo Clark Gable, bisbiseando que él era más guapo y alto que el artista. Los años y el roce de sus dedos han ido amarilleando la cartulina, difuminando sus contornos y casi borrando la tinta de la dedicatoria, ingenuamente romántica, que mi padre escribió en su día. Mi madre que nunca llegó a perder el pudor de su juventud, se ruborizaba cuando sus nietos le leían en voz alta aquellos dos breves renglones: <¿qué ligón, el abuelo!>. De la fecha solo se alcanzaba a leer... 1944.

La casa de mi madre en el pueblo estaba rodeada, salvo en su parte trasera, por un arriate ancho, delimitado por piedras de cara plana y cañas cruzadas a modo de valla formando rombos, a lo que ella llamaba su “pequeño jardín”. Sembrados en la tierra, se alternaban con macetas decoradas en rojo y verde, disputándose verdor y color: rosales, claveles, geranios, azaleas y pensamientos, mientras que los macizos de albahaca y yerbabuena rivalizaban en sus salvas de perfumes. Cada mañana las regaba, separaba con delicadeza las hojas secas y cortaba flores que ponía junto a la foto de mi padre; conversaba con sus plantas como si tuvieran vida y llegaba a afirmar que la entendían. Las paredes enjalbegadas de cal cada primavera, parecían espejos de plata donde refulgían los rayos del sol hasta herir los ojos y, en los aleros del tejado, las golondrinas, verano tras verano, mi madre decía que eran las mismas, volvían a construir sus nidos.

En las noches de verano, ebrias de jazmín y dama de noche, los vecinos llevaban sus sillas hasta la puerta, haciendo corro; los hombres y las mujeres compartían el agua fresca del botijo, barrigón y *colorao*, que presidía la velada y al que con frecuencia alguien añadía un chorreón de oloroso anís. Desde las tomateras de los huertos cercanos llegaban metálicos y rítmicos el Cri-Cri de los grillos y el croar de las ranas ocultas entre las hierbas de los ribazos de los canales de riego.

Ya no vive en el pueblo, los años, los achaques y la soledad la han vencido; el bastón es ahora el fiel compañero de su inseguro caminar. El día que lo abandonó, madrugó un poco más de lo habitual, y con las luces del alba recién lavada, fue regando cada planta, cada maceta con tanto mimo, que a pesar de sus torpes movimientos no quise interrumpirla. Cortó rosas y claveles, hizo un ramillete y lo colocó dentro del búcaro de cristal de siempre sobre la mesa del comedor como si la ausencia

fuese a ser breve. Cerró la puerta no sin dificultad, sin querer ayuda, y la llave grande, cilíndrica y pesada, chirrió al girar en la cerradura a modo de despedida; la envolvió en un pañuelo, la introdujo en su monedero de hule negro y cierre metálico y se la guardó. Luego señaló con el bastón las seis macetas que habríamos de llevarnos. Sobre el escalón de mármol vetado aguardaban, viejas como ella, las dos maletas de lona endurecida y esquinas de latón del viaje de novios, de las que nunca quiso desprenderse, llenas de recuerdos, retratos, pastillas y unturas.

La residencia la recibió con la tibia cortesía y hospitalidad de estos sitios. Su súplica más que petición, logró que no la separaran de sus macetas y pasaron a formar parte del decorado de su habitación. Recuerda con precisión el régimen de riego de cada una, que realiza ella misma. En la floración corta flores las coloca en un vasito con agua ante la foto de mi padre, y le recuerda como otras mil veces: <”La rosa cada mañana abre lentamente los ojos y contempla sin reproches al jardinero que la corta”>.

Cada día está más encorvada, pero me tranquiliza comprobar que a pesar del halo de nostalgia que la envuelve, no ha perdido su punto de femenina coquetería: recoge su pelo de hebras de ceniza en un moño bajo que sujeta con una pinza de concha, dejando al aire unos zarcillos de aguamarina y en sus ojos barnizados de recuerdos, aún late la vida; en los labios se insinúa un suave y discreto toque de carmín y las arrugas de su rostro otorgan un aspecto venerable a su ancianidad. En la mano derecha luce las dos alianzas a las que, cuando sus recuerdos vuelan hacia mi padre, hace girar insistentemente. La toquilla de gruesa lana, tejida por ella misma, de la que apenas si prescinde en algunos días de agosto, la cubre con la sencillez de una campesina rusa.

A veces, cuando la visito parece soñar, su mente salta de la mañana a la noche, del sueño al despertar, del tumulto a la soledad, del alba al crepúsculo y otras, la encuentro conversando animadamente con los *duendes* de su “pequeño jardín”; la última vez la sorprendí contándoles mis travesuras de pequeño.

Juan Pérez López
Tercer Premio de Relato Breve
VI Certamen Literario *Universidad Popular de Almansa*